

# Donoso & Donoso, escritores

Mario Verdugo Arellano

Separados por diez años, pero unidos —como alguna vez dijo un distinguido literato— “en la hermandad de la sangre y de las letras”, Armando y Ricardo Donoso fueron dos de los principales representantes de la llamada “Generación del Centenario”. Crítico y periodista el primero, e historiador el segundo, los fabulosos hermanos talquinos imprimieron a sus obras un sello de elegancia y vehemencia, de enciclopedismo y polémica, esa honesta y a menudo bondadosa rigurosidad que suele ser incomprensida, pero también admirada y denostada

## ARMANDO

El mayor de los Donoso vino al mundo en Talca el 18 de septiembre de 1886, poco más de una década antes de que naciera su hermano. Ya en sus tiempos de alumno del Liceo de Hombres de Talca, Armando comenzó a manifestar su vigorosa inclinación hacia la literatura, participando por ejemplo de las Charlas Literarias que organizaba el superhéroe de la independencia intelectual: Alejandro Venegas. Junto a condiscípulos como Mariano Latorre, Guillermo Feliú, Aníbal Jara y Domingo Melfi, y a figuras más añosas como De Rokha, Hederra y González Bastías, el futuro crítico daba forma a una generación que luego ocuparía parte importante de la cultura chilena.

Sus primeros esfuerzos los enfocó a justipreciar autores nacionales contemporáneos suyos o ya un poco empolvados. Reunió la obra dispersa de Pedro Antonio González en una antología y publicó en Valencia, España, un ensayo titulado “Los Nuevos” (1912) donde llamaba la atención sobre Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, Fernando Santiván y Baldomero Lillo, entre otros. Pero su enormidad libresca y de seguro sus viajes por Europa también lo hicieron interesarse y escribir acerca de clásicos como Goethe, Rubén Darío y Dostoiewsky. A su maestro Venegas tampoco lo olvidó, como se confirma en el bello prólogo a “Por Propias y Extrañas Tierras”, donde además produjo una socorrida diatriba sobre la inanidad local: “Lejanas, dilatadas en una perspectiva de semi-borroso recuerdo, revivo las horas de aquella juventud ya tan remota, que se desenvolvió en el apacible Liceo de una triste y vulgar ciudad de provincia. Talca, con sus calles tiradas a cordel, con su beatitud socarrona, su gente misonista y soñolienta, cuya existencia se desliza consumida por el afán de la fortuna, hora de idealidad y de inquietud; poblacho de campesinos adinerados y de burócratas religiosos y sedentarios, desconfiados y sórdidos, que más le conceden a los placeres de la gula y del liviano buen pasar que a toda posibilidad de beneficio social o de caridad para los que han menester de ayuda; con sus casonas amplias, sus despensas bien repletas, sus mesas de juego siempre socorridas, resume el tipo clásico de la aldea grande, en cuyo seno no ocurre jamás nada que pueda violentar las digestiones lentas de sus pobladores, y en la que cada cual cumple, según su leal saber y entender, el precepto evangélico del creceos y multiplicaos”.

Casado con la poetisa María Monvel, trabajó para la Universidad de Chile y fue subdirector de El Mercurio y colaborador de El Diario Ilustrado y Pluma y Lápiz. Tuvo la intención de escribir una historia total de la literatura chilena, y aunque no lo consiguió, sus empeños arrojaron copiosos trabajos en los que despuntan los nombres de Gabriela Mistral y Eduardo Barrios.

Miembro de una camada de provincianos que debió acudir a la metrópoli para escapar de la mirada panóptica y controladora ejercida en la provincia, su concepción de la crítica iba al valor intrínseco de la obra por encima de consideraciones psicologistas o falacias biográficas. “Para mí el mejor crítico —decía en una vieja declaración— debe ser el



mejor ensayista y el más completo de los artistas. Por eso creo que la crítica ratonil, que anda a la caza de pequeños errores, es tan tonta como todas las cosas de pedantería. La obra del escritor se venga de la crítica, viendo. Y esta es la única ley. El crítico merece existir si tiene algo propio, algo interesante que decir. Con la digestión de los errores ajenos, no pude alcanzar a interesar a nadie”.

## RICARDO

Tan enérgicos eran los embates del menor de los Donoso —en edad, se entiende— que el escritor Carlos Ruiz-Tagle lo apodó “el desconagrador”. En efecto, Ricardo acostumbraba dirigir sus afanes desmitificadores precisamente a los que gozaran de crédito general, los consagrados de la historia política y literaria, las vacas sagradas del panteón criollo. Barros Arana, maestro a quien dedicó varias investigaciones, persistía en

una “visión unilateral” del desarrollo histórico, mientras que Miguel Luis Amunátegui era un “santiaguino hasta la médula de los huesos”. A Jaime Eyzaguirre le ofrendó un tomo completo: “Omissiones, errores y tergiversaciones en un libro de historia”. Y a Francisco Antonio Encina, para no ser menos, le brindó dos, agrupados en un rotundo título: “Encina Simulador”. Ya en sus años postreros, Donoso Novoa vio en Gonzalo Vial a un mero historiador del Opus Dei, una definición tan poco decorosa como las que en su tiempo apuntó hacia Alberto Edwards y su fronda aristocrática empecinada y miope. Con Arturo Alessandri el vínculo fue un poco más ambiguo. Se conocieron sin llegar a la amistad, aunque nuevamente la pluma del talquino fue causa de enfrentamientos. A la publicación de “Alessandri, Agitador y Demoledor” —editado por el prestigioso Fondo de Cultura Económica—, se sumó la insidiosa intervención del estadista para evitar

que Ricardo accediera al cargo de director de la Biblioteca Nacional. Después de todo, el libro constaba de dos apasionados tomos en torno a la presencia de un solo hombre en cincuenta años de vaivenes políticos.

Malquerencias a un lado, sus textos constituyen un ineludible aporte al análisis de la evolución ideológica del país y las demás naciones de habla castellana, a la defensa del pensamiento liberal, a la memoria de los hombres públicos que investigaron los orígenes de la nacionalidad y la instauración de la República. “Las Ideas Políticas en Chile”, del '45, es para muchos su obra capital, “una reseña de la lucha por el establecimiento de la democracia”, desde el siglo XVIII y hasta la “tragedia” de 1891, época en que se abrieron paso ideas como el equilibrio de poderes, la tolerancia religiosa y civil, las libertades públicas y las garantías individuales. Contra sus predecesores y mentores, el énfasis estuvo puesto no en la voluntad de los gobernantes sino en los factores sociales y la acción renovadora de las ideas. Entremedio, Donoso desnudó la cara más prejuiciosa del centralismo y el espíritu santiaguino decimonónico: “Sólo en la capital existían las rancias familias y las buenas maneras, la inteligencia y la distinción, la cultura intelectual y el buen gusto, la vida refinada y la discreción, la austeridad y honradez, el amor a las letras y el arte; mientras que los pobres provincianos vivían poco menos que en estado de barbarie, ajenos a los dones de la civilización más refinada, sin aspiraciones ni iniciativas”.

Partidario de magistrados progresistas en desmedro de caudillos usufructuando del presidencialismo, el ex liceano no escatimaba loas para los personajes que en otras páginas solía atacar. Así destacó la “indomable energía” de Pérez Rosales o el infatigable servicio público de Barros Arana. No obstante su acrimonia intelectual, al parecer en privado se mostraba gentil y bromista, tal como lo recuerda Carlos Ruiz-Tagle: “El desconagrador tenía modales suaves, caballerosos y unos ojos celestes que reflejaban un alma de abuelito bueno. Había, a no dudarlo, un abismo entre el polémico y corajudo autor de ‘Encina Simulador’ y este padre de familia, suave y simpatiquísimo”.

Fue profesor invitado en Harvard y Miami, director del Archivo Nacional, Presidente de la Sociedad de Historia y Geografía, redactor de “El Mercurio” y ganador del Premio Nacional de Ciencias Humanas. Su erudición y temeridad le granjearon galardones fuera de nuestras fronteras pero también numerosos enemigos. De acuerdo a algún cercano, hasta el final siguió resaltando su origen maulino y el papel fundamental que en su formación ejercieron Molina y Venegas, maestros del “Centenario”. Y olvidando por un momento las querellas en que se veía envuelto, recibía a los conocidos en su casa de la calle Lastarria, convidándolos a un habano y un vaso de buen whisky. Claro que en el trabajo volvía el polemista, como de nuevo recuerda Ruiz-Tagle: “Lo que resultaba un espectáculo era verlo subir las escaleras de mármol acompañado de algunos amigos que tenía en el servicio. A medida que iba subiendo, oía como un eco, su voz que despotricaba contra el Gobierno de Pinochet”.